

La desgracia de Santo Domingo

=De El Tiempo. Bogotá.=

Santo Domingo, la isla de la primera pisada de Colón, la adelantada hacia la primera carabela (1) ha sufrido catástrofe grande en su pequeño bulto. Un ciclón sobre la bandeja vegetal de la isla que si tiene montañas, no tiene cordillera vertical como la nuestra que la guarde; un ciclón echado de bruces sobre la donosura geográfica de esta Antilla, descalabro terrible en relación con la menuda capital y destrucción triste de ver y difícil de reparar.

La isla entera es linda, pareja con las otras Antillas. Las palmeras corren de costa a costa, con la maciza esbeltez, con el matronado elegante que es su manera vegetal; los plantíos lujosos y fáciles de bananero están por todas partes mostrando su luminosa jugosidad; los campos aparragados de café cubren la Vega Real y los ingenios de caña se regodean en las calientes humedades de que proveen por igual las sierras altas y el mar Caribe, "esa calentura líquida del planeta".

Estas patrias pequeñas del Mar Caribe, al igual de las centroamericanas, han logrado duramente su progreso, sus ciudades, sus industrias y el mismo huerto frutal que ellas son. Las grandes patrias del Sur han trabajado como con más grandes brazos en sus territorios desatados, con abundante concurrencia de ayudas extranjeras, y en su desarrollo rápido la riqueza puso las botas de siete leguas.

Las Antillas densas de población han llegado por su misma pequeñez a tener un suelo que parece humanizado "de ser todo él hollado de criatura"; por eso también conoce el antillano su territorio de la pulgada a la pulgada y por eso aún le mira la ruralidad y la urbanidad con la bonita idolatría que el japonés tiene puesta en su tierra. País pequeño se parece al patio de la casa: todo es nuestro por la perspectiva corta; el acrecentamiento que se le logra conmueve y la destrucción duele más, duele en el cuerpo.

Santo Domingo es tierra de nobles limos. Trabajó en ella Eugenio María de Hostos, el portorriqueño llamado por algunos el primer ensayista americano de su tiempo, el cual llevó enseñanza de isla a isla del Caribe y nos llegó después a Chile, donde hizo largo bien que no se le olvida aún; nos nacieron allí, de la buena poetisa Salomé Ureña, Pedro y Max Henríquez, dos maestros de primera agua, a los que debemos unos claros libros doctrinarios que se leyó la generación mía y que se lee la actual, lo que prueba su calidad; sin nacernos allí sino en la Cuba mayor José Martí miró siempre a Santo Domingo como a una segunda patria que le dio fuegos de comprensión y de un proselitismo bastante eficaz. Ha tenido Santo Domingo un grupo de patrios fundadores ayer, fundadores hoy, hombres de Estado, educadores y magistrados, que fecundaron y fecundan el pequeño país con una ancha sombra de ceibas morales, y de los cuales el último en el tiempo es don Federico Henríquez y

(1) La Isla se llama Haití, pero Santo Domingo pesa más en ella.



Jarrón de bronce, obra del escultor español Mariano Benlliure, subastado en la función que a beneficio de las víctimas de la catástrofe de Santo Domingo, se celebró en el teatro Calderón, de Madrid.

Carvajal. A ellos se debe como a los Sarmiento, los Portales y los Núñez del Sur, un país civilísimo, del *civis* político y del *civis* social. Cuando los Estados Unidos llegaron a la costa dominicana con aquella bandera de barras y estrellas que a algunos les ablanda los huesos y les desarma como la fatalidad antigua que les cae encima, Santo Domingo resistió, Santo Domingo rechazó y Santo Domingo discutió hasta hacerse oír, y los bancos deshicieron camino. Viendo a un débil levantar queja varonil y parar la avalancha marinera, los que desde el sur atendemos hacia el norte, tuvimos un suspiro de alivio y un buen brillo de esperanza en los pobres ojos. "Lo que es el norte será el sur", según la frase de los totalistas racionales, y esta vez el norte se había

Nueva York, 1930.

GABRIELA MISTRAL

escurrido de la mano pescadora con una agilidad de trucha aceitada.

La catástrofe ha hecho que por segunda vez (2) Santo Domingo pida auxilio en el trance amargo y la generosidad ha partido de Yanquilandia, de Cuba y Puerto Rico, y parece que poco o nada de los pueblos del sur, si creemos a las listas de socorros.

Cuando ha dado Puerto Rico, vaciando el portamonedas de la viuda, quiere decir que los pueblos nuestros pudieron dar, uno por uno. Sea que la Cruz Roja esté allá en menos condiciones de servir por una organización reciente, sea que es verdad aquello de que la distancia geográfica triplica la moral, sea que en esto la sola incuria tome cara de indiferencia, el hecho es que Santo Domingo apenas ha visto llegar a su costa bastimento y dineros del sur.

La Unión Panamericana, a la cual se considera en funciones, debería pensar en un fondo común de socorros para las catástrofes, como ha pensado la Sociedad de las Naciones; cuotas decorosas de veinte países para evitar en casos como el presente las colectas angustiosas de última hora y el desentenderse los países ricos de la desgracia del menor. Santo Domingo ha agradecido a Estados Unidos hidalgamente la donación gruesa y grave de pesantez y las efusiones del agradecimiento aquí se justifican; pero Santo Domingo habría sentido esa manera de alegría de las entrañas que prueban los enfermos cuando la familia propia llega al desastre a compadecer y a "hacerse cargo", si la América del Sur hubiese mandado socorros abundantes tantos como ella puede movilizar por cualquier vía, en cualquier momento.

(2) Santo Domingo pidió el apoyo de la América del Sur durante la ocupación y parece que el Uruguay y la Argentina se los prestaron de modo más activo.

P. D.—Me informa el consulado de Santo Domingo en Nueva York de que las listas de socorros siguen abiertas en todos los consulados del país en el extranjero. Aún es tiempo de enmendar la falta.—G. M.

Ada Negri y Pessoa Véliz

= Envío del autor =

Un comentario mío sobre la obra de Pezoa Véliz publicado en este mismo suplemento ha ido a rebotar como en un escudo en la personalidad siempre alerta del catedrático de literatura española de la Universidad de San Francisco de California quien, con actitud muy poco digna de un maestro, aprovecha la generosa y hospitalaria benevolencia de don Joaquín García Monge para responderme desde el *Repertorio Americano* de San José de Costa Rica alterando mis palabras, recortándolas donde mejor le convenía e insultándome pródigamente, no sin haberme supuesto de antemano actos y pasiones indignos cuya sola mención es triste y lamentable viniendo de quien viene y dirigiéndose a quien se dirige.

Fuimos condiscípulos de Arturo Torres Rioseco, escribimos juntos los primeros versos, recibimos con alegría la dedicatoria de alguno de sus libros, fuimos en fin, lo que en mi artículo expresaba: camaradas y amigos.

Pero este hombre que ha pasado su vida literaria ensayando posturas de superioridad y de grandeza adopta ahora para responder a una alusión de mi artículo un aire tal de soberbia y de desprecio por la verdad, que no hace sino confirmar mi diagnóstico de megalomanía delirante y frenético estampado, no sin fundamento en mi breve comentario de Pezoa Véliz. En un artículo publicado hace diez años, cuando podía creerse con razón que no había afirmado bien su jui-